



### III.

**A** mediados de Agosto, Esteban se instaló en casa de Maheu, cuando Zacarías, casado ya, pudo conseguir que la Compañía le diese una habitación para él, su mujer y sus dos hijos; al principio el joven sentía cierta turbación delante de Catalina.

Aquella era la vida íntima de todos los momentos; Esteban reemplazaba en todas partes al hermano mayor, y hasta compartía con Juanillo la cama de enfrente á la de las muchachas. Al acostarse, al levantarse, tenía que vestirse y desnudarse delante de ella, y la miraba también, mientras ella hacía lo mismo. Cuando desaparecía la saya de debajo, veíala blanca, con esa palidez de las rubias anémicas, y experimentaba una continua emoción al reparar el contraste de aquellas carnes con las de la cara y las manos, ya estropeadas. Esteban se

volvía de espalda como para no verla; pero la contemplaba, sin embargo, primero los piés, con los que tropezaba su mirada fija en el suelo; luego una rodilla nada más que entrevista al acostarse; luego el seno naciente y bien contorneado cuando se inclinaba sobre la jofaina para lavarse por las mañanas. Ella, sin mirar, procuraba darse prisa; se desnudaba en diez segundos, y se acostaba al lado de Alicia, con la velocidad suave de una culebra, después de haber dejado los zapatos al pie de la cama y volviéndose de espaldas, como si así la vieran menos.

Jamás, por otra parte, tuvo motivo para enfadarse con él. Si bien una fuerza superior á su voluntad hacía que la mirase á su pesar y de reojo cuando se desnudaba ó se vestía, evitaba cuidadosamente todo género de bromas y de juegos de manos peligrosos. En primer lugar, estaban allí los padres, y además él sentía cierto rencor hacia ella, que le evitaba tratarla como á una mujer á quien se desea. Así habían acabado por hacer vida común á la hora de dormir y de levantarse, á las horas de comer y durante el trabajo, sin guardar secretos para nada, ni aun para las necesidades más íntimas. Todo el pudor de la familia se había refugiado en la operación de bañarse, lo cual hacía la joven sola en el cuarto de arriba, mientras los demás se bañaban en la sala baja.

Y al cabo de un mes, Esteban y Catalina parecían no verse ya cuando por la noche, antes de

apagar la vela, iban desnudos de una parte á otra de su cuarto. Ella dejaba ya de darse prisa, volviendo á su antigua costumbre de recogerse el pelo antes de meterse en la cama, con los brazos en alto y la camisa subida hasta más arriba de las rodillas; y él, á menudo, á medio desnudar, la ayudaba y la buscaba las horquillas que se le caían al suelo.

La costumbre mataba la vergüenza de estar desnudo; encontraban lo más natural del mundo verse así, porque no hacían daño con eso, y no era culpa de ellos si en la casa no había más habitaciones disponibles. A veces, sin embargo, se sentían acometidos de extrañas turbaciones, precisamente en los momentos en que no pensaban en nada culpable. Esteban, después de no haberse fijado en muchos días en la blancura de su cutis, volvía á notar sus carnes, que le hacían sentir un estremecimiento por todo el cuerpo, y le obligaban á volverse de espaldas para resistir á los deseos que le atormentaban. Ella, otras noches, sin razón aparente, tenía accesos de púdica emoción; huía, se metía entre las sábanas como si sintiera que las manos de aquel muchacho la cogían. Luego, cuando apagaban la vela, uno y otro comprendían que estaban despiertos, y que, á pesar del cansancio del trabajo, pensaban el uno en el otro. Aquello era á veces causa de que se pelearan por la mañana, porque preferían las noches de tranquilidad, en que se trataban como buenos amigos nada más.

Esteban no se quejaba sino de Juanillo, que dor-

mía como un tronco; de Alicia, que respiraba tranquilamente toda la noche, y de los chiquillos Enrique y Leonor, que amanecían en la misma postura que tenían al dormirse. En la casa, á oscuras, no se oía más ruido que los ronquidos de Maheu y de su mujer.

En resumen: Esteban se encontraba mucho más á gusto que en casa de Rasseneur, porque la cama no era mala, y se mudaban las sábanas un sábado sí y otro no. Comía también mejor, y no lamentaba más que la poquísima frecuencia con que tenían carne. Pero toda la familia carecía de ella, y no podía exigir gollerías ni pedir que por los cuarenta y cinco francos que pagaba de pupilaje le dieran conejo en todas las comidas. Aquellos cuarenta y cinco francos venían muy bien á la familia, que iba saliendo adelante, si bien dejando atrás alguna que otra pequeña deuda, y los Maheu se mostraban agradecidos á su huésped, le lavaban la ropa, se la repasaban y le arreglaban todas sus cosas; en una palabra: Esteban sentía en torno suyo la limpieza y los cuidados de una mujer.

Aquella fué la época durante la cual Esteban comenzó á comprender las ideas que le tenían hacía tiempo atolondrado. Hasta entonces, no había tenido en sí más que el deseo instintivo de sublevarse, en medio de la sorda fermentación de sus compañeros. Se le presentaban todo género de confusas cuestiones: ¿Por qué la miseria de unos? ¿Por qué la riqueza de otros? ¿Por qué aquéllos siempre

detrás de éstos, y sin esperanza de llegar jamás á ellos? La primera etapa fué convencerse de su ignorancia. Desde entonces, cierta secreta vergüenza, cierto oculto malestar, le combatieron de continuo; no sabía nada, no se atrevía á hablar de aquellas cosas que le apasionaban: la igualdad de todos los hombres, la equidad que exigía el reparto de los bienes de la tierra. Así es, que se vió acometido del gusto del estudio desordenado que hacen todos los ignorantes sedientos de ciencia. Estaba en correspondencia con Pluchart, más instruído que él, sobre todo en el movimiento socialista. Hizo que se le mandasen libros, cuya lectura, mal digerida, acabó de exaltarle: un libro de medicina, sobre todo, *La higiene del minero*, en el cual, un doctor belga había resumido los males de que mueren los pueblos hulleros; sin contar varios tratados de economía política, de una aridez técnica, incomprendible, y folletos anarquistas que le trastornaban, y números antiguos de periódicos que guardaba en seguida como argumentos sin vuelta de hoja, para cuando se le ocurriese discutir con alguien. Souveraine le prestaba también libros, y la obra sobre sociedades cooperativas le había hecho pensar durante un mes en una sociedad universal de cambio, que aboliera el dinero y basara sobre el trabajo toda la vida social. La vergüenza de su ignorancia iba desapareciendo, y desde que comprendía que pensaba, se iba volviendo orgulloso.

Durante los primeros meses, Esteban permane-

ció entregado al entusiasmo fanático de los neófitos, con el corazón repleto de noble y generosa indignación contra los opresores, y alimentando la esperanza de que al fin triunfarían los oprimidos.

Todavía, en medio de la vaguedad de sus lecturas, no había sabido fijar un sistema. Las reivindicaciones prácticas de Rasseneur se mezclaban en su cerebro con las destructoras violencias de Souveraine; y cuando salía de la taberna *La Ventajosa*, adonde continuaba yendo casi todos los días para murmurar con ellos de la Compañía, caminaba como un sonámbulo, soñaba que asistía á la completa regeneración de los pueblos, sin que hubiese habido necesidad ni de romper un vidrio, ni de derramar una gota de sangre. Por otra parte, los medios de ejecución continuaban confusos, y prefería creer que las cosas irían bien, porque en cuanto pensaba en formular un programa de reconstrucción, se le iba la cabeza. Mostrábase, sin embargo, partidario de la moderación; y lleno de inconsecuencias, decía á veces que era necesario separar la cuestión política de la cuestión social, una frase que había leído, y que le parecía buena para repetida entre los flemáticos mineros con los cuales vivía.

Todas las noches, en casa de Mabeu, charlaban un rato de sobremesa antes de ir á acostarse. Esteban sacaba siempre la misma conversación. A medida que se iba instruyendo, sentíase más disgus-

tado con la promiscuidad de sexos que reinaba en todo el barrio. ¿Eran, acaso, animales para vivir hacinados de aquel modo, tan hacinados, que no era posible mudarse de camisa sin enseñar la carne al vecino? Además, aquello era terrible para la salud del cuerpo y para la del alma, porque los chicos y las chicas crecían pudriéndose.

—¡Demonio!—exclamaba Maheu.—Si tuviéramos más dinero, viviríamos con más comodidad... Porque la verdad es que nadie gana con este estar unos encima de otros continuamente. Esto acaba siempre porque los hombres se hagan borrachos y las mujeres perdidas.

Cada uno de la familia decía lo que pensaba sobre el particular, en tanto que el petróleo del quinqué viciaba el aire de la sala baja, impregnada ya del olor á cebolla frita. No; la vida de aquel modo no tenía ciertamente nada de agradable. Trabajaban como bestias en una faena que en otras épocas se reservaba para los presidiarios, y se exponían diariamente á morir aplastados por las rocas, sin conseguir ganar para comer carne siquiera. Claro está que comían, pero sólo lo estrictamente necesario para no morir, y eso á fuerza de contraer deudas, y como si robasen el dinero que ganaban. Cuando llegaba el domingo, dormían rendidos del trabajo de la semana. No tenían más placeres que emborracharse ó cargarse de familia, cuando lo que estorbaban eran los hijos. No, no tenía nada de agradable aquel modo de vivir.

La mujer de Maheu se mezclaba entonces en la conversación.

—Lo malo es—decía—pensar que no hay medio de que esto varíe... Cuando joven, se imagina una que llegará la felicidad, porque se espera, sin saber en qué; y luego no se sale nunca de la miseria... Yo no deseo mal á nadie; pero hay veces que estas injusticias me sublevan. Callaban un instante, y si el viejo *Buenamuerte* estaba allí por casualidad, abría los ojos, sorprendido, porque en sus tiempos nadie se ocupaba en semejantes cosas: se nacía entre el carbón, se trabajaba en la mina, se moría cuando menos se pensaba, y aquí paz y después gloria; mientras que entonces todos los carboneros tenían ambiciones desmedidas.

—Es menester no hacerse ilusiones—añadía.— Los jefes son á menudo unos canallas; pero siempre ha de haber jefes, y es inútil romperse la cabeza pensando en esas cosas.

Entonces Esteban se exaltaba. ¡Cómo! ¡Había de estar prohibido al obrero pensar como los demás! ¡Pues precisamente porque pensaba no tardarían en variar las cosas! En los tiempos del viejo, el minero vivía en la mina como un animal, como una máquina de sacar carbón, siempre debajo de tierra, y con los oídos y los ojos cerrados á los acontecimientos del mundo. Por eso los ricos, que oían y veían, le explotaban despiadadamente, sin que él lo advirtiese. Pero ahora el minero se ilustraba; y el día menos pensado le verían conquistando sus

derechos, uniéndose en apretado haz y formando un ejército de hombres libres que restablecerían la justicia. ¿Acaso desde la revolución no eran iguales todos los ciudadanos? Las grandes Compañías con sus máquinas de vapor lo acaparaban todo, y ya no tenían contra ellas ni siquiera la garantía de otros tiempos, cuando la gente del oficio se reunía para defenderse. Por eso, ¡por vida de Dios!, y por otras cosas más, era evidente que la cuerda se había de romper muy pronto, gracias á la instrucción del obrero.

No había que ver más que lo que pasaba en el barrio, sin ir más lejos: los abuelos no sabían ni escribir sus nombres, los padres firmaban ya, y los hijos leían y escribían como unos profesores. ¡Ah! La cosa marchaba, marchaba poquito á poco, pero con paso seguro. Desde el momento en que no se veía cada cual relegado á un sitio determinado para toda la vida, y que se podía tener la ambición de ocupar el sitio del vecino, ¿por qué no se había de andar á puñetazos y tratar de ser el más fuerte?

Maheu, aunque entusiasmado, continuaba desconfiando mucho del éxito.

—En cuanto uno hace lo más mínimo—decía,—le despiden y se queda sin trabajo. Tiene razón mi padre; el minero será siempre al que le toque perder, sin la esperanza siquiera de comer todos los días... Esto está perdido, y no cambiará.

La mujer de Maheu, que hacía rato estaba silen-

ciosa, exclamó entonces, como saliendo de un sueño profundo:

—¡Si siquiera fuera verdad lo que cuentan los curas; que los pobres de aquí son ricos en la otra vida!

Una carcajada general la interrumpió: hasta los chiquillos se encogieron de hombros, porque eran incrédulos como los mayores, sin más creencias que el temor á los aparecidos de la mina, pero burlándose de todo cuanto decía la Iglesia.

—¡Al diablo los curas!—exclamaba Maheu, siempre que su mujer hablaba de ellos.—Si creyeran lo que dicen, comerían menos y trabajarían más, para conquistar un buen sitio en el cielo... No; cuando se muere uno, muerto se queda, y se acabó.

La mujer suspiraba tristemente.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!—solía decir, dejando caer las manos sobre las rodillas en ademán de honda desesperación.

—Tenéis razón—añadía después;—está esto perdido para nosotros, y no hay manera de arreglarlo.

Se miraban unos á otros. El tío *Buenamuerte* escupía en el pañuelo, mientras Maheu se quedaba con la pipa apagada en la boca.

Alicia escuchaba atentamente, entre Leonor y Enrique, que dormían con los codos en la mesa, y la cabeza apoyada en ellos. Pero Catalina, sobre todo, con la barba puesta en la palma de la mano, parecía beber con sus rasgados y expresivos ojos

cada una de las palabras de Esteban, cuando éste explicaba la fe de que se realizaría al cabo su sueño dorado de regeneración social.

En torno de ellos, todos los vecinos del barrio dormían, sin que el profundo silencio que reinaba fuese alterado más que por el llanto de algún chiquillo ó los gritos de algún borracho pesado que disputaba con su mujer. En la sala, el reloj continuaba, sin interrumpirse jamás, con el acompasado *tic-tac* de la péndola; y de los enarenados ladrillos del suelo subía una frescura húmeda, á pesar de lo enrarecido del aire.

—¡Vaya unas ideas!—decía el joven.—¿Tenéis acaso necesidad de la existencia de Dios y de su paraíso para ser felices? ¿No podéis buscaros la felicidad en este mundo?

Y con voz de neófito entusiasmado hablaba y hablaba extensamente, abriendo un horizonte vago de esperanza á aquellas pobres gentes ignorantes. Esteban estaba seguro de que la miseria horrible, el insoportable trabajo, la predestinación á vivir como animales, todas las desgracias, en una palabra, desaparecerían pronto, como desaparecen las nubes tormentosas á la salida del sol radiante. Del cielo bajaría la justicia á la tierra. Y puesto que Dios había muerto, la justicia vendría á asegurar la dicha á todos los hombres, haciendo que reinasen por todas partes la igualdad y la fraternidad. Una sociedad completamente nueva crecería como por encanto, como un sueño, sociedad admirable,

donde cada ciudadano viviría de su trabajo, disfrutando á su vez su parte de satisfacciones y bienestar. La sociedad actual, que estaba podrida, se desharía en polvo, y una humanidad nueva, purgada de sus crímenes é infamias, formaría un solo pueblo de trabajadores, cuya divisa sería: «A cada cual según sus méritos, y á cada mérito según sus obras.»

Al principio, la mujer de Maheu no quería escucharle, acometida de un terror inexplicable y sordo. No, no, aquello era demasiado bello; no había que hacerse ilusiones, porque luego la vida real era más abominable, y le daban á uno ganas de destruirlo todo para ser feliz. Sobre todo, cuando veía los ojos animados de su marido, que se dejaba convencer fácilmente, la pobre mujer interrumpía á Esteban:

—¡No le hagas caso, marido! Ya ves que esos son cuentos... ¿Crees tú que los ricos consentirían nunca en trabajar como nosotros?

Pero poco á poco ella misma se dejaba influir por las palabras del ardiente neófito. Acababa por sonreír y penetrar con la imaginación en aquel mundo ideal, tan bien descrito por su huésped. ¡Era tan agradable olvidar siquiera durante una hora la triste realidad! Cuando se vive como los brutos, siempre mirando al suelo, hay que alimentar algunas engañosas esperanzas, siquiera para consolarse del triste destino.

Y la pobre mujer se dejaba apasionar, más que

por nada, por la idea de justicia que tenía el joven.

—¡En eso tenéis razón! —exclamaba.— Cuando veo que una cosa es justa, me dejaría matar por defenderla... Y la verdad es que sería justo que nosotros, á nuestra vez, lo pasáramos mejor.

Entonces Maheu osaba entusiasmarse.

—¡Rayos y truenos! No soy rico; pero daría todo lo que gano con tal de ver el triunfo de nuestros ideales antes de morirme... ¡Qué cataclismo! ¿Eh? ¡Qué pronto se arreglaría esto!

Esteban empezaba otra vez á dar sus explicaciones. La sociedad antigua se derrumbaba, y no podía durar esto arriba de unos cuantos meses, según afirmaba él con la mayor tranquilidad. Al hablar de los medios de ejecución, hablaba más vagamente, haciendo una mescolanza de sus lecturas, sin miedo de arriesgar disparates, convencido, como estaba, de que sus oyentes eran unos ignorantes. Pero él mismo se confundía; pasaba revista á todos los sistemas, suavizados, sin embargo, por la esperanza firme de un triunfo fácil, sin dejar de confesar que había que hacer entrar en razón á muchos exaltados, que lo echarían todo á perder con sus exageraciones.

Y los Maheu aparentaban comprender perfectamente lo que escuchaban; aprobaban con la cabeza, aceptaban aquellas soluciones milagrosas con la fe ciega de los neófitos, como aquellos cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia, que esperaban la llegada de una sociedad perfecta sobre los es-

combros humeantes del mundo antiguo. Alicia decía alguna que otra palabra; se imaginaba la felicidad bajo la forma de una casa muy calentita y muy bien arreglada, en la cual los chiquillos comían y bebían hasta satisfacerse. Catalina, sin moverse, con la barba apoyada en la palma de la mano, no quitaba los ojos de Esteban; y cuando éste callaba, élla, agitada por un temblor nervioso, pálida hasta la lividez, creía que iba á ponerse mala.

Luego, de pronto, la mujer de Maheu miraba al reloj.

—¡Caramba, las nueve! No vamos á poder despertar mañana—decía.

Y la familia se levantaba con el corazón en un puño y desesperados. Parecía que habían sido ricos y que volvían á caer en la miseria. El tío *Buenamuerte*, que se iba á la mina, refunfuñaba, diciendo que todas aquellas historias no aumentaban ni mejoraban la cena; mientras los demás subían á acostarse, echando de ver la humedad de las paredes y la pesadez del aire que los sofocaba. Arriba, Esteban, cuando Catalina se había metido en aquella cama que estaba al lado de la suya, y había apagado la luz, la sentía, moviéndose agitadamente entre las burdas sábanas y sin conseguir conciliar el sueño.

A menudo asistían á esas conversaciones algunos vecinos: Levaque, que se exaltaba con aquellas ideas de reparto universal; Pierron, á quien la

prudencia le aconsejaba marcharse de allí en cuanto empezaban á hablar mal de la Compañía. Algunas veces estaba presente Zacarías; pero como le aburría la política, prefería marcharse á beber cerveza á casa de Rasseneur. Cuanto á Chaval, se había hecho muy amigo de Esteban. Caí todas las noches pasaba una hora con los Maheu; y en aquella asiduidad había cierta sensación de celos que no quería confesarse: el temor de que su amigo le arrebatase á Catalina. Esta, de quien ya había empezado á cansarse, le gustaba más otra vez desde que pensaba que había un hombre que dormía todas las noches á su lado.

La influencia de Esteban crecía sin cesar; el joven iba sublevando poco á poco á todo el barrio. Era aquella una propaganda sorda, tanto más eficaz, cuanto que los compañeros tenían verdadero cariño á Esteban.

La de Maheu, á pesar de su desconfianza de buena casada, le trataba con consideración, como se merecía un joven que le pagaba puntualmente, que no bebía, que no jugaba, y que se pasaba la vida sobre los libros; y le creaba en casa de las vecinas una gran reputación de muchacho instruído, reputación de la cual abusaban ellas haciéndole que las escribiese las cartas. Era una especie de abogado consultor de todos, encargado de las correspondencias, y árbitro en las cuestiones delicadas de los matrimonios.

Así es, que ya en el mes de Septiembre había,

al fin, conseguido fundar su famosa Caja de Socorros, muy precaria todavía, porque no se habían suscrito más que los habitantes del barrio; solamente que esperaba conseguir que se adhiriesen al pensamiento los obreros de todas las demás minas; sobre todo, si la Compañía, que permanecía neutral en el asunto, seguía no haciéndole oposición. Acababa de ser nombrado secretario de la Asociación, y cobraba una pequeña asignación como escribiente. Esto le hacía casi rico, tanto más, cuanto que si un minero casado no podía nunca salir adelante con lo que ganaba, un soltero, y por añadidura de muy buenas costumbres, y sin vicios, podía hasta hacer economías.

En Esteban se había verificado una lenta transformación. Ciertos instintos de coquetería y de bienestar, dormidos á causa de su miseria, despertaban en él, y le hacían comprar ropa de paño. Se permitió hacerse botas de charol, y sin saber cómo, asumió la jefatura del barrio de los obreros, los cuales se agruparon todos en torno de él. Todo aquello constituyó una serie de deliciosas satisfacciones de amor propio, y se envaneció con aquellos primeros triunfos de su popularidad: mandar á todos, él, que era joven, y que poco tiempo antes era el último mono de las minas, constituía una satisfacción extraordinaria, que le hacía acariciar el sueño de una revolución popular, en la cual desempeñaría importante papel. Su fisonomía varió, se puso grave, y se escuchaba al hablar, mientras su



ambición, cada vez mayor, le hacía acariciar ideas cada vez más radicales.

El Otoño avanzaba; los fríos de Octubre iban despojando los jardinillos del barrio de los obreros de la poca vegetación que tenían, no quedando en pie más que la mata de alguna que otra legumbre sembrada en la huerta. Los jovencuelos de la mina no podían llevarse impunemente á jugar detrás de las lilas á las cernedoras. De nuevo los chaparrones destrozaban las plantas, y la lluvia corría por las canales del pueblecillo con estrépito sin igual. Las casas todas estaban cerradas, y en sus salas bajas la chimenea no se apagaba un momento, emponzoñando el aire respirable con las emanaciones del carbón de piedra. Había empezado la estación de mayor miseria que tiene el año.

Una noche de Octubre, una de las primeras en que se había sentido mucho el frío, Esteban, agitado y febril de haber hablado en la sala baja, por más que se acostó y apagó la luz, no pudo dormirse. Había mirado á Catalina mientras se metía en la cama. También ella parecía agitada por extraños deseos, acometida de uno de aquellos accesos de pudor que de vez en cuando la obligaban á desnudarse rápidamente, con tal torpeza, que enseñaba lo que deseaba tapar precisamente. Después de apagar la luz, se estuvo quieta como una muerta; pero Esteban comprendía que se hallaba despierta también, y que estaba pensando en él, como él pensaba en ella. Jamás se habían sentido tan tur-

bados, tan influidos por aquel misterioso malestar. Transcurrieron algunos minutos sin que ni él ni ella se moviesen; pero la respiración de entrambos era más fuerte que de costumbre, por lo mismo que procuraban contenerla. Dos veces estuvo él á punto de levantarse para abrazarla. Era una estupidez desearse mutuamente desde hacía tiempo, y no decidirse á satisfacer aquel deseo. ¿Por qué luchar así contra sí mismos? Los niños dormían; Esteban estaba seguro de que ella, anhelante, le aguardaba, y diría que sí en seguida. Pasó otra hora. Él no se levantó para abrazarla, y ella no se movió para llamarle. Cuanto más en contacto vivían, más alta era la barrera que se levantaba entre ellos... Vergüenzas, repugnancias, delicadezas amistosas, que ellos mismos no podían explicarse.

